

HIJO DE MALA MADRE

BERNARDO CARVALHO

HIJO DE MALA MADRE

Traducción de Claudia Solans



Carvalho, Bernardo
Hijo de mala madre. - 1a ed. - Ciudad Autónoma
de Buenos Aires: Edhasa, 2014.
248 p. ; 22,5x14 cm.

Traducido por: Claudia Solans
ISBN 978-987-628-337-3

1. Narrativa Brasileira. 2. Novela. I. Solans, Claudia,
trad. II. Título
CDD B869.3

Título original: *O filho da mae*

Diseño de cubierta: Juan Balaguer y Cristina Cermeño

Primera edición en Argentina: noviembre de 2014

© Bernardo Carvalho, 2009

Publicado por primera vez en Brasil por Editora Companhia das Letras, Sao Paulo
Prohibida su venta fuera del territorio de América Latina

© de la traducción Claudia Solans, 2014

© de la presente edición: Edhasa, 2014

Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2º piso C
C1054AAT Capital Federal
Tel. (11) 43 933 432
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

ISBN: 978-987-628-337-3

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Impreso por EL ATENEO GRUPO IMPRESOR S.A.

Impreso en Argentina

Para Henrique

Índice

I. Trescientos puentes	11
II. Las quimeras	119
III. Epílogo	235

I

Trescientos puentes

San Petersburgo, víspera
de las conmemoraciones del tricentenario
(abril de 2003)

—No puedo tener hijos. Tardé más de veinte años para decir eso sin tener que explicarlo. Esperé que las mujeres de nuestra generación llegaran a la edad en que ya no pudieran tener hijos.

—Entonces, ¿por quién viniste?

Las dos están sentadas en un café de la calle Rubinshtein. No se veían hacía casi cuarenta años. Habían sido compañeras de clase. Todavía están bajo el impacto de la casualidad y del reconocimiento, aunque no hubieran sido tan cercanas en la escuela.

Al comienzo de la tarde, Iúlia Stepánova aprovechó la visita al médico para volver a ver el mercado de la callecita Kuzniétchni —un recuerdo de infancia, de cuando la madre la llevaba a comprar verduras y *smetana*— y después hacer lo que venía planeando hacía días, desde que había recibido el resultado de los exámenes. No necesitaba volver al trabajo. Ya no reconocía casi

nada en aquella parte de la ciudad. Raramente pasaba por allí. Hacía veinte años que no volvía al consultorio del doctor Juravliov. Ahora tendrá que decidir si quiere recomenzar las sesiones y pasar por todo de nuevo. El mundo alrededor está cambiado, o en obras, recibiendo los últimos retoques. “La ciudad va a renacer”, dice un cartel colgado en un edificio construido en *style moderne*, una fantasmagoría típica del inicio del siglo XX, escenario recurrente de sus pesadillas de niña. Hay más policías en las calles, a causa de los atentados, pero sobre todo después de la masacre en el teatro de la calle Dubróvskaja, en Moscú, en octubre pasado.

Al salir del mercado con un paquete de queso y otro de frutas, siguió por tres cuadras más hasta la calle Raziéjaja y pasó delante de la entrada sombría de un edificio que continuaba deteriorado a pesar de los preparativos para la conmemoración del tricentenario. La voz del médico todavía resonaba en sus oídos: “Hace veinte años optamos por un procedimiento radical para una mujer de su edad, que no tenía hijos, porque no queríamos correr riesgos. Y durante veinte años le dimos una vida de calidad. Ahora tenemos un nuevo problema aquí, ¿lo ve? No le voy a dar esperanzas. Le corresponde a usted decidir lo que vamos a hacer”. Al oír la sentencia, Iúlia sintió, por primera vez, que no podía morir sin salvar una vida.

Examinó la placa al lado de la entrada decrepita: Comité de las Madres de los Soldados de San Peters-

burgo. Subió el primer tramo de escaleras. Un murmullo resonaba por el corredor sombrío. Madres e hijos se aglomeraban delante de una puerta en el fondo, mientras dos mujeres, una baja y la otra larguirucha, atendían la fila de más o menos quince personas. Escuchaban caso por caso, aclaraban dudas y examinaban documentos. Iúlia se acercó a la más baja. Pero en cuanto abrió la boca fue interrumpida por la arenga de una mujer cuyo rostro ella no lograba distinguir entre los otros en la sombra. Parecían hablar todos al mismo tiempo:

—¡Tiene que esperar, como todo el mundo! No sirve de nada pasar adelante. No es la única con problemas de vida o muerte.

Fue a parar al final de la fila, avergonzada. Era como si hubiese sido pescada en flagrante. No era posible que la muerte ya estuviera estampada en su rostro. Todavía no había perdido la vergüenza de la muerte. Tenía miedo de que la reconocieran en su cuerpo. Esperó como todo el mundo. La fila avanzaba lentamente. La mujer más baja al final se acercó y preguntó:

—¿Es sobre su hijo?

Tendría que escuchar la misma pregunta repetida cinco veces hasta el final del día, tres de ellas mientras esperaba en el pasillo, conversando con las compañeras de infortunio. Se quedó dos horas de pie hasta poder entrar en la sala con ventanas altas y empañadas de hollín. Los dos muchachos que estaban antes que ella en la fila todavía no habían salido cuando ella abrió

la puerta, obedeciendo a la auxiliar más alta, que le indicó el camino con impaciencia:

—Es su turno.

Iúlia entró y cerró la puerta a sus espaldas, con ceremonia. Los dos muchachos escuchaban con expresión aterrorizada lo que una señora enérgica, gorda y pelirroja, con un suéter estampado y pantalones negros de jersey, intentaba hacerles comprender sobre sus derechos de soldados. Iúlia se sentó en un banco apoyado en la pared del fondo, debajo de donde estaban colgados los diplomas otorgados por organizaciones humanitarias internacionales a las Madres de los Soldados. Esperó que la mujer terminara con los chicos. De repente, la fisonomía y la voz de la mujer gorda y pelirroja le llamaron la atención. Y Iúlia la reconoció. Marina Bóndareva, su compañera de escuela, estaba hipnotizada por las propias palabras, de modo que no había reparado cuando Iúlia había entrado en la sala. Y fue sólo después de entregar dos folletos a los muchachos, cuando levantó los ojos por primera vez, que se dio cuenta de la presencia de la figura pálida, con los cabellos castaños lisos, esperando en silencio, sentada en el banco del fondo, debajo de los diplomas. Y, todavía sin reconocerla, preguntó alto:

—¿Es sobre su hijo? ¿Trajo los documentos?

La pregunta la perseguía desde que había entrado en el edificio. Todas eran madres. Pero, esta vez, Iúlia no se tomó el trabajo de responder; se levantó y fue hasta el pequeño tablado.

—¿Marina? —titubeó. Y, frente a la sorpresa y el silencio de la antigua compañera de escuela, insistió—: Soy yo, Iúlia. Iúlia Stepánova. ¿Te acuerdas?

Marina abrió grandes los ojos y de repente todo en la sala se quedó del modo en que estaba. Los dos soldados, inclinados sobre los folletos que acababan de recibir y que resumían lo que habían escuchado de la señora gorda, ya no parecían leer, ya no estaban condenados como cuando llegaron, ya no pasaban de ser figurantes congelados en el presente. No había futuro ni aprensión ni miedo. Por un instante, nada le ocurriría a nadie. No era necesario tomar ninguna providencia para impedir que las cosas sucedieran. Era una tregua y todos respiraban. Marina repitió bajito, para sí misma, el nombre de la amiga, para convencerse o recordar. Y luego, empujando la mesa hacia adelante con el corpachón, se adelantó para abrazarla. Ahora fue el turno de que los dos soldados abrieran grandes los ojos, espantados con el arrebató de la señora que hasta entonces se había comportado con la dureza de un general explicándoles las posibles estrategias para sus guerras particulares contra el comando del ejército ruso.

—¡Iúlia Stepánova! ¿Qué fue lo que ocurrió contigo? ¿Es tu hijo, Dios mío? —dijo, apenas conteniendo la emoción, a pesar de nunca haber sido realmente cercanas.

Sus ojos se llenaron de lágrimas, como si se hubiese hecho la pregunta a sí misma. Y Iúlia comprendió que,

por más que lo intentara, nunca sabría lo que unía a aquellas mujeres. Estaban poseídas por una especie de locura. Estaban ocupadas en salvar a los hijos. Salvar era lo que les daba vida. Mientras fueran madres, no podían morir.

—Discúlpame —continuó Marina, enjugando su rostro con el dorso de la mano, antes de que la amiga pudiera responder—. Me agarraste en un mal momento.

—No quiero incomodar...

—No, no incomodas nada. No es eso. Dame sólo dos minutos más hasta que termine de explicar a estos muchachos lo que tienen que hacer. ¿Tienes tiempo para un té?

—Sí, claro.

Cuando salieron, la fila en el corredor continuaba del mismo tamaño, con nuevos rostros de madres e hijos. La fila nunca cambiaba de tamaño. Era siempre el mismo número de personas que se aglomeraban y se sustituían. Marina pidió a la más alta de las dos mujeres que se encargaban de los recién llegados que la sustituyera por una hora.

—No damos abasto —le dijo a Iúlia, ya del lado de afuera—. Desde que la guerra recommenzó, hay días en que atendemos más de cien casos.

Dos guardas caminaban a lo largo de la fachada del edificio. Uno de ellos se dirigió a Marina:

—¡Buen día, mamita!

Pero ella lo ignoró.

—Están ahí para intimidar a los soldados que nos buscan. El otro día intentaron confiscar el pasaporte de un muchacho que había salido a fumar mientras esperaba su turno en la fila. El terrorismo se volvió una excusa para todo —dijo. Y de repente, cambiando de asunto, en una libre asociación provocada por la fila de madres—: ¿No fue tu madre la que reconoció a Anna Ajmátova en la puerta de la prisión?

—Mi abuela —la corrigió Iúlia—. Cuando mi tío fue detenido, en el cincuenta y uno, mi abuela encontró a Ajmátova entre las mujeres que esperaban noticias de los maridos y de los hijos, fuera de la prisión Kresty. Al reconocerla, mi abuela se acercó a Anna Ajmátova, a la que había leído y admirado cuando era joven, y que había sido silenciada, y le pidió que volviera a escribir poemas, que escribiera sobre las mujeres y las madres a la espera de los maridos y de los hijos fuera de los muros de Kresty. Después de saber de la muerte de mi tío en los campos, Anna Ajmátova buscó a mi abuela y le recitó un texto; dijo que era un homenaje, que no podía escribirlo pero que podía recitarlo. No podía entregarle el texto escrito, no podía arriesgar una vez más la vida de su hijo, y por eso había decidido decírselo a mi abuela. Le pidió que lo aprendiera de memoria. Fue justo después de que el hijo de Anna Ajmátova fuera liberado, al contrario de mi tío, que murió en los campos. Ella dijo que no podía dejar de

venir cuando supo de la muerte de mi tío. Recordaba perfectamente cuando mi abuela la había alentado a volver a escribir, en la puerta de la prisión.

—Gracioso, es una de las pocas historias que guardé de la escuela. Cuando paso por la Arsenalnaia y veo los brazos de los presos saliendo por las rendijas de las rejas haciendo señas con pedazos de tela a los parientes que también responden abajo, en la calle, en un código particular, siempre pienso en la historia de tu abuela.

—Mi abuela era la mujer de labios azules de la introducción al poema, ¿lo recuerdas? Ella recitaba de memoria: “Pasé diecisiete meses en las filas de las prisiones de Leningrado. / Una vez alguien me reconoció. Y entonces una mujer de labios azules detrás de mí, que obviamente nunca había oído a nadie llamarme por el nombre, salió del estupor al cual todos habían sucumbido y me susurró al oído (allí todo el mundo susurraba): / ‘¿Puedes tú describir esto? / Y yo respondí: ‘Sí, puedo’. / Y entonces, lo que parecía una sonrisa pasó por lo que un día había sido un rostro”. Los labios estaban azules de frío.

En el camino hasta el café, Marina explicó cómo había ido a parar al Comité de las Madres de los Soldados de San Petersburgo, a causa de su hijo menor, enviado a Chechenia más de dos años antes, porque en esa época no habían tenido dinero para pagar el soborno que

garantizaba su admisión en la facultad. La matrícula lo habría liberado del servicio militar obligatorio.

—Porque era joven e insistente, Pável se rehusó a cursar otra facultad. Podría haber entrado para matemática, ingeniería, por ejemplo, o para cualquiera de esas lenguas que nadie quiere hablar, esloveno, portugués, pero quería asistir al curso de inglés, como todo el mundo, y nosotros no podíamos pagar. Mi marido acababa de morir. Estábamos sin nada; yo podía haber buscado el dinero, pedirlo prestado, pero a Pável le parecía inmoral tener que pagar por un lugar al cual tenía derecho por sus notas. En nuestro tiempo no había este tipo de problemas.

—Los problemas eran otros.

—También se rehusó a pedir un certificado médico.

Al no estar en la universidad, nada impedía que Pável fuera convocado y enviado a la guerra. Durante más de cuatro meses sin noticias, Marina terminó recurriendo a las Madres de los Soldados y, al cabo de dos meses de esfuerzos y contactos con la procuraduría del ejército, descubrió que su hijo había sido secuestrado por milicias chechenas y que era dado por muerto. Partió sola hacia Grózni, descubrió dónde estaba su hijo, negoció personalmente el rescate con los secuestradores y lo trajo de vuelta a San Petersburgo.

—No fui la única ni la primera. Si tuve el coraje, es porque otras habían hecho lo mismo antes. Y porque no tenía a nadie que lo hiciera por mí. Y porque, si no

lo hubiera hecho, no tendría a nadie más por quien hacerlo.

Iúlia ya había oído hablar de historias de madres que rescataban a los hijos secuestrados en la guerra, pero siempre le parecieron muy distantes. No sabía qué decir. Del Cáucaso recordaba sólo las vacaciones de verano, en un observatorio en las montañas, cuando acompañaba a su madre, astrónoma del observatorio de Púlkovo y, tal vez por ser la única niña entre los científicos locales, era muy mimada por todos. El Cáucaso es uno de sus mejores recuerdos: un paisaje de sueño, que nada tiene que ver con la guerra ni con las pesadillas que solía tener cuando niña y que ocurrían siempre en las calles de la ciudad, entre edificios tenebrosos de comienzos del siglo XX. Pero el recuerdo disminuía con cada frase de la compañera de la escuela. Su vida es insignificante comparada con la de aquella mujer que rescató al hijo de las milicias en Chechenia. No tuvo hijos y sigue —aunque no sea por mucho tiempo— sin salvar la vida de nadie.

En cuanto se acomodaron en un café de la calle Rubinshtein, fue el turno de Iúlia de contar un poco de su historia sin aventuras. Se había separado hacía cinco años del marido, que había conocido en la universidad. Estudió biología, pero trabajaba desde hacía cuatro años en una agencia inmobiliaria, atendiendo teléfonos y haciendo informes, de las nueve a las cin-

co. Era lo que le quedaba. Nunca fue ni pensó que pudiese ser una científica brillante. Había seguido la carrera para cumplir con la voluntad de la madre. En el fondo, siempre quiso ser poeta. Sonrió, avergonzada. La madre fue un peso terrible en su vida, dijo. El mozo se acercó antes de que ella pudiera confiarle, por primera vez, aunque fuera a una amiga de la adolescencia que no veía hacía casi cuarenta años y con quien no tenía la menor intimidad, que dos semanas antes había descubierto que sus días estaban contados. No tenía a nadie más a quien contarle.

—Estoy muerta de hambre. No comí nada hoy —dijo Marina al mozo, sin mirarlo, mientras examinaba el menú. Pidió un té y un sándwich. Iúlia quería sólo un vaso de agua. En cuanto el mozo salió, las dos se miraron en silencio y sonrieron. Todavía estaban admiradas del reencuentro. Y fue en la inercia de esa pausa que Marina hizo por fin la pregunta que da inicio a la historia:

—Si no tienes hijos, ¿entonces por quién viniste?

—Comparto el apartamento con una pareja y los tres hijos. El mayor, que dormía en el cuarto al lado del mío, con el hermano del medio, fue enviado en enero a Irkutsk. Vi a Vássia crecer. Jugaba al policía y al ladrón con los niños del edificio. Me acuerdo como si fuera ayer del día en que, volviendo del trabajo, lo encontré escondido bajo la escalera. Me hizo un gesto de silencio, para que yo no revelara el escondite a nadie, pero el juego ya había terminado hacía horas y

todos los otros niños ya estaban de vuelta en sus casas. Hasta aquel día, yo nunca lo había notado. Siempre se quedaba escondido después de que el juego terminaba. Los otros lo olvidaban. A mí me gustaba. Creo que yo también le gustaba a él. Conversábamos mucho. Con el tiempo se fue volviendo más introvertido, sólo salía del cuarto para ir a la escuela. En los últimos años pasaba las noches en la computadora. Hasta que un día la policía apareció y se lo llevó. Parece que había logrado sacar de circulación el site de no sé qué agencia del gobierno.

Marina sonríe. Es una sonrisa de cansancio:

—Los que sacan de circulación los sites del gobierno son los mismos que intentan inmovilizarnos, al servicio del gobierno, y que bombardean nuestro site hasta dejarlo inoperante. No tienen ningún problema de conciencia. El anonimato les permite actuar a diestra y siniestra, sin contradicción de principios.

Iúlia finge que no oye:

—Vássia estuvo un año en el reformatorio. La madre iba a visitarlo y decía que él estaba bien. Terminó por no pasar de año. Y cuando volvió a la casa ya estaba en edad de ser incorporado. No tuvieron tiempo ni de buscar una dispensa médica. Cuando se dieron cuenta, ya estaba camino a Irkutsk. El mes pasado, la madre pasó diez días fuera. Y, desde que regresó, no volvió a pararse en la cocina para conversar. Hace una semana golpeó a mi puerta. Dijo que había viajado. Había ido a Irkutsk a visitar al hijo en el hospital militar.

–Si está en el hospital, ya tiene medio camino recorrido.

El mozo trae el agua y el té. Mientras les sirve, Iúlia aprovecha para hacer una pausa. Ya no logra disimular la indignación. En cuanto el mozo sale, retoma:

–No entendiste. Vássia fue golpeado. Tuvo dos costillas y un brazo quebrados. Estuvo dos días en coma. Está cubierto de hematomas. Hasta hace una semana, corría el riesgo de hemorragia interna. No quiere volver al cuartel y tener que someterse de nuevo a los rituales absurdos de la *dedovschina*.*

–Nadie quiere volver. Podemos mantenerlo en el hospital (es más fácil si él ya está internado) y accionar la procuraduría enseguida, pedir una transferencia.

–La madre tiene miedo de buscar a las Madres de los Soldados. Cree que puede ser peor. Tiene miedo de las represalias. Piensa que van a matar a su hijo. Vássia le dijo que si vuelve al cuartel, es hombre muerto. Y ella cree que él es capaz de intentar suicidarse para no volver.

El mozo trae el sándwich. Marina se enjuga los ojos con la mano, sin que la amiga lo perciba. Luego se recompone. En su arrebató, Iúlia no se dio cuenta del efecto de su última frase.

–Puedes decirle a la madre del muchacho que él no necesita volver al cuartel si no quiere. Podemos

* Al pie de la letra: “La ley de los más viejos, o de los abuelos”; trotes violentos, y eventualmente mortales, a que los reclutas y soldados más jóvenes son sometidos tradicionalmente durante el servicio militar en Rusia.